

que quebrantando la cabeza de la astuta serpiente, repare todo lo que aquella habia perdido (1). Y esta segunda Eva, esta criatura rodeada de felicidad y bienandanza, que habia de encontrar gracia en los ojos de Dios, eres tú ¡oh María! tú signo grande y maravilloso á quien viera san Juan en su vision, vestida del sol, bajo tus pies la luna y sobre tu cabeza una brillante corona de doce estrellas (2). Tú, purísima María, que viniste al mundo para consuelo de los miserables hijos de Adán: el ángel te lo ha anunciado: *Inveniste gratiam apud Deum*: encontraste gracia ante Dios, y la consecuencia de esta gracia constituye toda tu grandeza y la grandeza de la humanidad. ¿Y cómo? El ángel va á declararlo pronunciando unas palabras, que anunciaron los profetas y desearon los justos: palabras que se escuchan en los cielos y llenan de regocijo á los espíritus angélicos, que se oyen en el limbo y hacen saltar de júbilo á las almas de los justos que en aquel lugar esperan el dia de su rescate. *Ecce concipies in utero et paries filium, et vocabis nomen ejus Jesum*. Una Virgen Madre, es sin duda alguna el mayor de los milagros. María era esposa legítima del señor San José, pero vivian en castidad y no se habian conocido. ¿Cómo pues María podia ser madre? Ved aquí el gran secreto de la Providencia. *Concebirás un hijo y le darás por nombre Jesus. Será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y le dará el señor Dios el trono de David su padre: y reinará en la casa de Jacob por siempre y su reino no tendrá fin*. A

(1) *Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semem tuum et semem illius: ipsa conteret caput tuum, et tu insidiaberis calcaneo ejus*. Gén. III, v. 15.

(2) *Signum magnum apparuit in celo: Mulier amicta sole, et luna sub pedibus ejus, et in capite ejus corona stellarum duodecim*. Apoc. cap. XII, v. 1.

pesar de estas esplicaciones del celestial Arcángel, María titubea todavia, y no comprende como puede ser Madre sin dejar de ser Virgen. De aquí el dirigirse al ángel con estas palabras: *¿Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco?* ¿Cómo puede ser esto, toda vez que no conozco varon? ¿Cómo estando consagrada á Dios, y conservando la joya estimable de la virginidad podré llegar á ser Madre? No temás, no, Virgen purísima: tú te conservarás en tu estimable estado y no por obra de varon, sino por virtud del Espíritu Santo, que obrará en tí un milagro de su Omnipotencia; concebirás en tu seno y darás á luz ese tierno infante deseado tantos siglos para la salud del mundo: el ángel te lo declara y te hace conocer tal maravilla por las palabras con que disipa tus dudas; *Spiritus Sanctus superveniet in te, in virtus Altissimi obumbrabit tibi. Ideoque et quod nascetur ex te Sanctum, vocabitur Filius Dei*. Sí, tú ¡oh María! estás ya colmada de todos los dones del Espíritu Santo; tú estás llena de bendiciones y eres elevada á la cumbre de la mayor grandeza, y te hallas sublimada á la mayor de las dignidades, porque tus grandes virtudes te han hecho ser elegida entre millares para Madre del Verbo encarnado. Ea pues, ya que has penetrado el gran misterio, ya que comprendes de que modo puedes llegar á ser madre sin dejar de ser purísima doncella, tu consentimiento es lo que falta. ¿Y dejarás de darlo, cuando de él pende la salvacion de la humanidad? ¿Dejarás de dar el venturoso *si* que romperá las cadenas que nos aprisionan al carro de la muerte? Triste y abatida la descendencia de Adán, llora inconsolable esperando el momento de su libertad, el instante venturoso en que ha de venir el Ángel del gran consejo, el Príncipe de

paz eterna, para vencer al fuerte armado y despojarle de todas las victorias que obtuviera por tantos siglos de la infeliz humanidad. Abre, pues, tus labios ¡oh María! dá el consentimiento que te se exige, y habrás hecho la felicidad del mundo. El ángel espera vuestra respuesta, dice San Bernardo, y mas la esperamos nosotros ya condenados á muerte (1).

Asi fué, cristianos; María cuya humildad era profundísima, no obstante que por las palabras del ángel conoce ya su altísima dignidad de madre de Dios, lejos de adelantar en su propia estimacion, reconoce por una parte su nada y por otra la grandeza del Dios que la ha elegido, y aunque no se creia digna de tanta grandeza, acata, respeta y venera las disposiciones del cielo y esclama: *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum*. Hé aquí la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra. «¡Oh respuesta, esclama aquí San Alfonso de Ligorio, mas graciosa, mas humilde y mas prudente de cuantas pudiera inventar toda la sabiduría de los hombres y de los ángeles juntos aunque lo hubieran pensado un millon de años! ¡Oh respuesta poderosa que alegraste al cielo, y trajiste á la tierra un mar inmenso de gracias y de bienes! Respuesta que apenas salida del humilde corazon de María, atrajiste desde el seno del eterno Padre al Unigénito Hijo á su purísimo vientre para hacerse hombre. Sí, porque apenas fueron pronunciadas aquellas palabras: *Hé aquí la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra*, al instante, el Verbo se hizo carne, el hijo

(1) *Expectat angelus responsum, expectamus et nos, ó Domina, verbum miserationis quos miserabiliter premit sententia damnationis.* S. Bern. Hom. 4. sup. Missus.

de Dios, quedó hecho tambien hijo de María (1).»

El *fiat* pronunciado por los benditos lábios de María es una palabra de felicidad y ventura para la raza proscripta del padre prevaricador. En el momento que ella dá su consentimiento óbrase el gran misterio de la Encarnacion, llévase á efecto la union hipostática de ambas naturalezas divina y humana, en el seno de tan purísima doncella, y ella llega al mas alto grado de grandeza, siendo ya reina del cielo y de la tierra por ser madre de Jesucristo, Dios y hombre verdadero. Empero cuando dijimos que el misterio de la Anunciacion formaba la mayor grandeza de María, por su consentimiento en la Encarnacion del Verbo, anunciamos la elevacion de la humana naturaleza.

Señores: los altos juicios de Dios son incomprendibles; nadie penetró jamás sus designios: por esto esclamaba San Pablo, dirigiéndose á los romanos, *Ó altitudo divitiarum sapientiae, et scientiae Dei! Quam incomprehensibilia sunt iudicia ejus, et investigabiles viae ejus!* ¡Oh profundidad de las riquezas, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprendibles son sus juicios, é impenetrables sus caminos! Cuando repito aquí estas palabras del Apóstol, es porque no puedo menos de admirarme al contemplar el efecto de la primera culpa para la humanidad. No hay duda que Dios ha querido hacer sobreabundar la gracia en donde ha abundado el delito. *Ubi abundavit delictum, superabundavit gratia.*

No tratamos en este momento de desenvolver la tésis de que si hubiera ó no venido Jesucristo, si Adan no hubiera pecado: dejemos á los teólogos que dispu-

(1) S. Alfons. de Ligorio, Glorias de María, Tom. II. Disc. 4.

ten el *pro* ó el *contra* de esta cuestion. Al criar Dios, dicen los teólogos, el cielo y la tierra; al formar cuanto de bello y hermoso nos presenta el admirable mapa de la naturaleza, se proponia al hombre, pues para su goce y regalo lo habia formado, y al criar al hombre se proponia al CRISTO. Siendo esto así, y supuesto que hubiese venido, no hubiera sido como Redentor, porque no habia culpa que redimir, y hubiera elevado al hombre á su gloria, sin haber tenido que sufrir tormentos ni morir en una cruz. Pecó el hombre, envileció su naturaleza, quedó grabada en su frente la señal de su ingratitud. El Señor dice: *Con amor perpétuo te amé; por eso te atraje, teniendo misericordia* (1). Esta misericordia resplandece admirablemente en Dios, cuando á causa del pecado determina que la venida de su Unigénito sea como Redentor. El fin, pues, próximo de la Encarnacion, fué el rescatarnos del pecado original y abrirnos las puertas de los cielos, de cuya deliciosísima posesion estábamos ya desheredados. Ved, pues, en el misterio de este dia el principio de la rehabilitacion de la humanidad, Accediendo María y pronunciando palabras de consentimiento, vimos como se engrandeció y debemos ver con observacion como nos engrandeció á nosotros. El decreto fatal de nuestra condenacion fué revocado. El Verbo, es de fé, que unió en una sola persona ambas naturalezas divina y humana; y ved, pues, en esta union admirable revestido de nuestra propia carne á aquel que sin dejar de ser Dios era al mismo tiempo hombre verdadero. Hay mas: Jesucristo murió por nosotros, resucitando al tercer dia de entre los

(1) In charitate perpetua dilexi te: ideo attraxi te, misserans. Jerem. c. XXXI. v. 3.

muertos, y cuando se elevó á la gloria para ocupar su trono magnífico al lado de su Eterno Padre, no se despojó de la humana naturaleza, sino antes bien la llevó consigo; y esta misma carne que fué el origen de nuestra antigua desgracia, hállase en el cielo y en el trono mismo de la Trinidad Beatísima. Luego consintiendo María en la Encarnacion, desató las cadenas de nuestro cautiverio, nos libró de la muerte eterna, y la humanidad se elevó á un grado de grandeza á que jamás creyera poder llegar el hombre.

Ahora bien, señores: por nosotros los hombres y por nuestra salud descendió del Cielo el Unigénito del Padre, se encarnó por virtud del Espíritu Santo en el vientre de María, y fué hecho hombre (1). ¿Cuál deberá ser por lo tanto nuestro agradecimiento á Dios por habernos dado tan extraordinaria prueba del grande amor que nos profesa? ¿Cómo agradeceremos suficientemente el habernos dado á su Hijo Unigénito en prueba de este amor? ¿Qué no deberemos estar dispuestos á hacer, por aprovecharnos de los grandes bienes que se nos dispensaran en la Encarnacion del Verbo? Y contemplando lo mucho que María hiciera en nuestro favor, escuchando el anuncio del ángel y accediendo gustosa y llena de humildad á concebir en su seno al Verbo Divino, ¿habrá quien deje de amar á esta Señora? ¿Habrá algun ingrato que desconociendo su altísima dignidad y cuanto ha hecho en nuestro favor, le vuelva las espaldas? No quiero creerlo. Los cristianos siempre han fundado su esperanza en la Santísima Virgen, la han venerado, la

(1) Qui propter nos homines, et propter nostram salutem descendit de cælis. Et incarnatus est de Spiritu Saucto ex Maria Virgine; et homo factus est. Simb. Apost.

han tributado con el mayor consuelo de sus almas un culto de *hiperdulia*, y por su intercesión han implorado en todos tiempos la misericordia de Dios.

En vano el protestantismo se burlará al vernos postrados ante las imágenes de la Santísima Virgen; en vano Daillé se esforzará en llamar al culto que la tributamos «la enfermedad de los cristianos del siglo IV (1)» pues que probado está que el culto y devoción de la Madre de Dios nació con la Iglesia, y que al tiempo mismo que los Apóstoles predicaban la ley de gracia y misericordia de Jesucristo, recomendaban la devoción de aquella mujer singular, en cuyo casto seno se revistiera de la naturaleza humana. «La Virgen, dice el erudito abate Orsini, la »Virgen que fué sobre la tierra el mas perfecto modelo de humildad, conserva en la cumbre de las »grandezas esa virtud modesta que la distingue de »todas las hijas de los hombres: esclava coronada »del Señor presenta fielmente á Dios las oraciones »que le dirigimos, uniendo á ellas las suyas propias »para que sean mejor atendidas; y el culto inferior »que le tributamos, se halla tan distante de disminuir en lo mas mínimo el de Dios, que por el »contrario lo aumenta en gran manera (2).»

Esta misma doctrina es la que siempre ha tenido presente el pueblo católico para venerar á María y esperar por su protección los mas abundantes raudales de la misericordia divina. Amad, pues, cristianos, y venerad cual es debido á esa criatura singular, que dándonos el fruto bendito de su vientre nos dió la

(1) El ministro Daillé pone estas palabras en su libro de las *Tradiciones de los latinos*, lib. 4, cap. 18.

(2) Orsini. *Historia de la Madre de Dios*, lib. XXIII.

libertad y la vida. No olvideis que ella, como la llama la Iglesia, es el auxilio de los cristianos, el refugio de los pecadores y el consuelo de los afligidos. A ella acude el enfermo para alcanzar la salud, el atribulado la paz, el navegante la bonanza, el pecador el perdón y el justo su mayor justificación: y hoy en que celebramos su Anunciación, entonemos cánticos de alabanza en loor suyo, siquiera sea en reconocimiento de que en este día empezó la era de felicidad y ventura para la humanidad, engrandeciéndose María por su alta dignidad y engrandeciéndonos á nosotros. Alabando á la Santísima Virgen y cumpliendo la ley de su Divino Hijo, ella será nuestra protectora en la vida, y por su intercesión gozaremos un día de la bienaventuranza de la gloria. *Amen.*